

Capítulo V

LA DESIGUALDAD COMO CLAVE SOCIAL DEL DESARROLLO MANIATADO

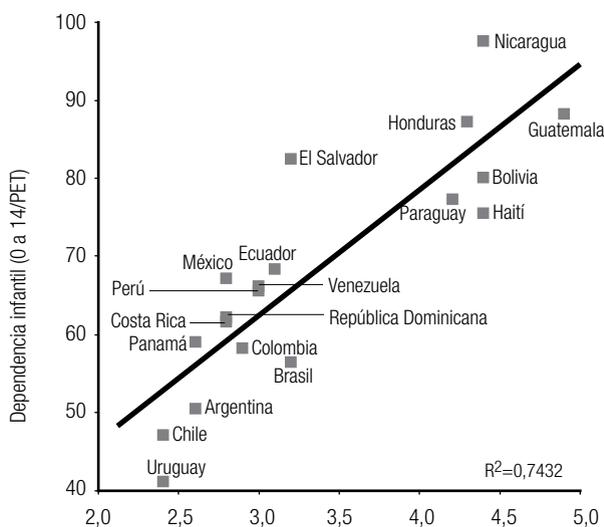
LA CLAVE DEMOGRÁFICA: SU INTERACCIÓN PERVERSA CON LA DESIGUALDAD

Las sociedades europeas debieron enfrentar el desafío de altas tasas de fecundidad y, por tanto, de altas tasas de dependencia infantil cuando aún no habían acumulado altas tasas de dependencia de la tercera edad. Incluso disfrutaron de un período en el cual medianas y bajas tasas de dependencia infantil se combinaban con medianas a bajas tasas de dependencia de la tercera edad. Ese período ha sido caracterizado como una “ventana de oportunidades demográfica” o “bono demográfico”. Ello permitió que el fisco tuviera margen para la inversión en la infancia antes de tener que enfrentar los crecientes costos de la tercera edad. Es fundamental entender el grado y punto en el cual la región se encuentra en materia de oportunidades demográficas y el grado de aprovechamiento que de las mismas está realizando.

Una parte de las sociedades latinoamericanas se encuentran precisamente en esta última situación. Un segundo grupo se encuentra aún en la primera situación, en tanto que un tercer grupo de países de la región ve cerrarse rápidamente dicha ventana de oportunidades sin haberla aprovechado debidamente. Los problemas que enfrentan las sociedades latinoamericanas para avanzar en el desarrollo hacia sociedades más igualitarias y menos excluyentes tienen mucho que ver con esta incapacidad de aprovechar la ventana de oportunidades demográfica. Las raíces de estos problemas son multidimensionales; algunas son de larga data y otras obedecen a coyunturas y transformaciones más recientes.

Gráfico 17

Tasa de dependencia infantil y tasa global de fecundidad por país, 1998



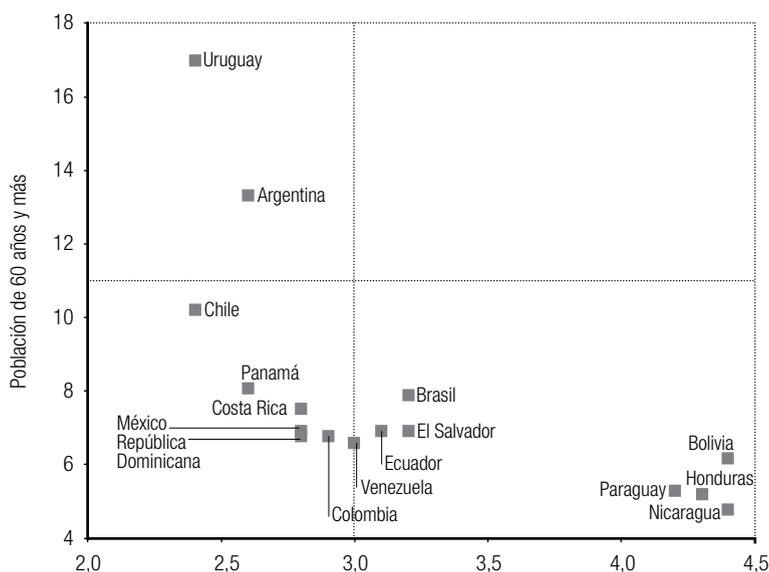
Fuente: Elaboración propia según CELADE (2001) y Carvalho (1998).

Como puede observarse en el Gráfico 17, existe una alta y obvia relación entre las tasas globales de fecundidad de los países y sus tasas de dependencia infantil. Resulta sugerente la heterogeneidad regional. Nicaragua, Guatemala, Honduras, Bolivia, Paraguay y Haití pertenecen a los países que menos han avanzado en su transición demográfica y que a su vez presentan altas tasas de dependencia infantil. El Salvador constituye un caso interesante puesto que, habiendo acelerado su transición demográfica, todavía presenta un alto porcentaje de mujeres en edad fecunda y, por tanto, exhibe altas tasas de fertilidad que se traducen en altas tasas de dependencia infantil. En el otro extremo de la distribución de ambas variables se encuentran Uruguay, Chile y Argentina. Estos países presentan las tasas más bajas de fecundidad y una tasa de dependencia infantil igualmente baja. Los restantes países se encuentran cursando la transición demográfica y en niveles intermedios de carga infantil.

Las aparentes ventajas de los países pioneros en la transición demográfica se diluyen parcialmente al observar sus porcentajes de población de 60 años y más. En efecto, la combinación de la población infantil y de la tercera edad es la que determina las tasas de dependencia de la población inactiva de la población activa. Esto es precisamente lo que implica una ventana de oportunidades que se abre durante un período (disminución de los niños) para cerrarse luego (aumento de la tercera edad).

Gráfico 18

Porcentaje de población de 60 años y más y tasa global de fecundidad por país, 1998



Fuente: Elaboración propia según CELADE (2001) y Carvalho (1998).

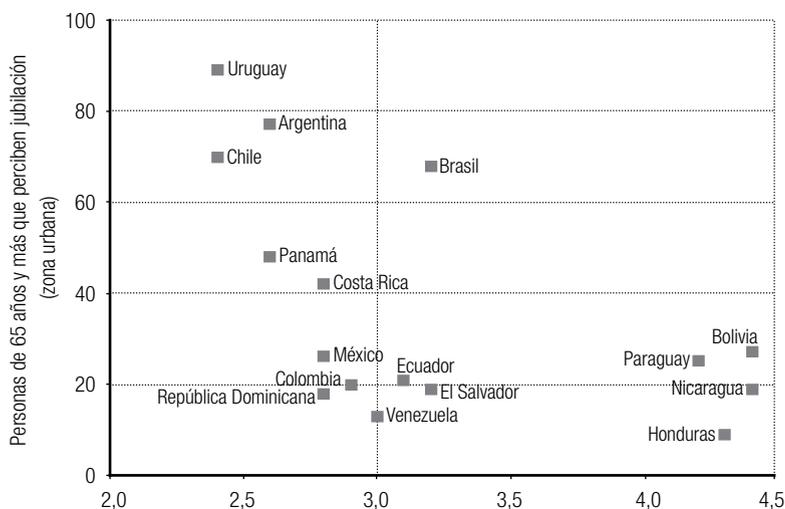
Entre los países de baja fecundidad global, cabe destacar el caso chileno. Su moderada proporción de población en la tercera edad constituye una apreciable ventaja a la hora de volcar esfuerzos y alcanzar logros en materia de infancia, especialmente en las áreas de educación y salud. Por su parte, tanto los países intermedios como los tardíos presentan bajos porcentajes de población de 60 años y más. De acelerar la caída de su fecundidad (como la han hecho El Salvador y Brasil), es esperable que aquellos países disfruten de una apertura más prolongada de la ventana de oportunidades. Ahora bien, una cosa es contar con una población más o menos amplia de personas de la tercera edad; otra muy diferente es que el país realice el esfuerzo que implica el mantenimiento efectivo de esa población. La carga demográfica de la tercera edad se concreta en gasto estatal y privado (de las familias) para garantizar su bienestar. Ello, claro está, implica una merma de recursos, siempre limitados, disponibles para el gasto en la otra porción de la población inactiva: la infancia. En este sentido, el Gráfico 19 muestra las fuertes diferencias que se registran en los esfuerzos que hacen las naciones latinoamericanas para proteger a su tercera edad.

Uruguay es el país que presenta una mayor cobertura de la población de 65 años y más en lo que hace a beneficios jubilatorios. Es

interesante señalar que, entre los países de transición avanzada, Chile no sólo es el que tiene menos carga de la tercera edad sino que es también el que menos protege a dicha población. Finalmente, los casos de Panamá, Costa Rica y muy especialmente Brasil, si bien pertenecen a países intermedios en su fase demográfica, brindan una cobertura bastante amplia a su población mayor.

Gráfico 19

Porcentaje de población de 65 años y más que percibe jubilación y tasa global de fecundidad por país, 1999



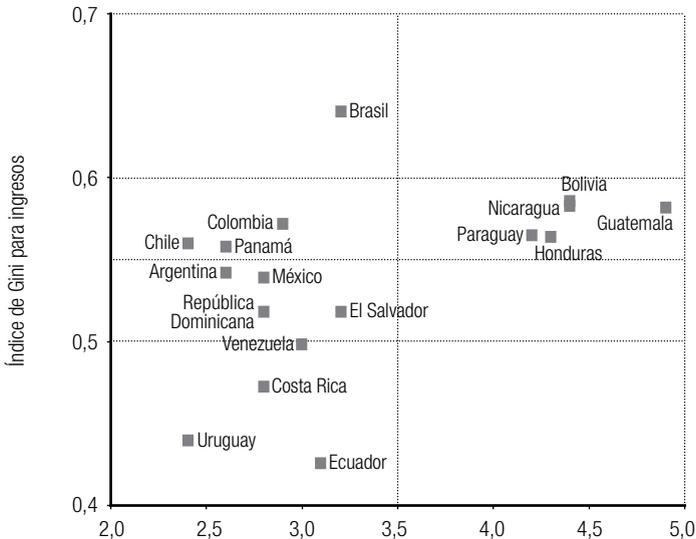
Fuente: Elaboración propia según CELADE (2001).

La fecundidad, las tasas de dependencia de la población de mayor y menor edad, el grado en que los países vuelcan recursos a la protección de la tercera edad, así como la asociación entre fecundidad, dependencia y gasto social, ofrecen indicios sobre los márgenes de maniobra que tiene un país para redistribuir su gasto social y balancear su cobertura de las diferentes generaciones y sus riesgos. La adecuada apreciación de dichos márgenes requiere también considerar los niveles diferenciales de riqueza del país y su relación con los factores antedichos. En este sentido, la fecundidad mantiene una fuerte relación con la riqueza nacional, reflejando una realidad en la cual los países más pobres son también los que tienen más niños. Aquí hay múltiples relaciones de causalidad en ambas direcciones que no es necesario discutir. Lo que resulta indiscutible es que los países más pobres son los que cuentan con menores recursos para atender una población infantil más numerosa. Aunque lo anterior se trata de un fenómeno bien conocido, sus implicaciones más dramáticas no han

sido debidamente exploradas. La mayor fecundidad y la mayor tasa de dependencia infantil en los países más pobres implican un poderoso freno a las intenciones de convergencia en materia de desarrollo económico y social de las naciones de la región. Y ello es así no sólo porque en el presente esto implica una menor proporción de población activa en relación a población inactiva, sino principalmente porque implica también una menor inversión per cápita real en materia de capital humano (especialmente, salud y educación) en las generaciones más jóvenes.

Los países donde a las altas tasas de fecundidad y de dependencia infantil se suman altos niveles de desigualdad presentan la peor combinación y los mayores desafíos para avanzar hacia un desarrollo sustentable. En ellos no solamente son altas las tasas de dependencia infantil, sino que una buena parte de los niños se encuentran en los sectores de menores ingresos, con el concomitante efecto que esto tiene sobre su bienestar presente y sus posibilidades de inserción laboral futura. Como puede observarse en el siguiente gráfico, no existe en la región una relación particularmente fuerte entre fecundidad y desigualdad. Pero sí ocurre que los países con más altas tasas de fecundidad presentan en forma consistente los más altos niveles de desigualdad. Brasil, por ejemplo, si bien pertenece a los países de fecundidad media, presenta niveles de desigualdad que colocan al grueso de su población infantil en situación de riesgo social.

Gráfico 20
Fecundidad y desigualdad, 1999



Fuente: Elaboración propia según CELADE (2001).

Los problemas anotados de la fecundidad y las estructuras de edades de las poblaciones latinoamericanas se combinan con una pauta peculiar de evolución de las familias y con una marcada resistencia a la convergencia de las pautas de fecundidad que complican aún más los problemas de sustentabilidad del desarrollo y la búsqueda de equidad social.

FAMILIA, FECUNDIDAD Y DESIGUALDAD: LA INCONSISTENCIA SUPERPUESTA DE LAS TRANSICIONES DEMOGRÁFICAS

La familia es el sistema más antiguo y persistente de aseguramiento, protección y redistribución de las sociedades. Su cambio, por tanto, trae aparejadas enormes implicaciones para entender y rediseñar el papel del Estado Social en la región. Existen cuatro grandes transformaciones de la familia que en tiempos recientes modifican su papel y capacidades en tanto agente de protección social: cambios en el tipo y en la duración de la estabilidad de las uniones de pareja entre adultos, cambios en las pautas reproductivas (en calendario y cantidad) de las mujeres y parejas, cambios en la división sexual del trabajo, y cambios en la combinación entre ciclo vital individual y ciclo familiar. Además, y en parte asociada a algunas de estas transformaciones, se presenta lo que para muchos constituye la transformación más importante y consistente de la familia: una disminución de las actividades de producción de servicios al interior de la misma (ya sean estas recreativas, de socialización, de cuidado, etc.) y un concomitante desplazamiento de dichas funciones a las esferas del Estado y del mercado. Cada una de estas transformaciones, sus interacciones y las interdependencias entre estas y los cambios en las esferas del mercado y del Estado generan nuevos riesgos y vulnerabilidades que se suman en muchos casos a aquellas que ya estaban presentes en el modelo familiar anterior. La hipótesis que atraviesa este punto es que en América Latina, especialmente en los países que más han avanzado en estas transformaciones, se produce en los sectores populares una doble coetaneidad negativa de las transiciones demográficas en lo que atañe al modelo y a las funciones de la familia.

Consideremos primero la menor duración de las uniones matrimoniales o de pareja y el cambio en los tipos de unión. Todos los países de la región, con excepción de algunos casos centroamericanos, asisten a un incremento de los divorcios y las uniones consensuales. En algunos casos estos incrementos son de una magnitud sustantiva. Entre 1980 y 2000, en Uruguay, el aumento del cociente entre divorcios y matrimonios es de un 80%, al igual que el aumento de las uniones consensuales. Mayor aún, aunque partiendo de niveles más moderados, es en el caso de Brasil (160 y 180%, respectivamente). En Venezuela, Costa Rica y México, este incremento es evidente en materia de divorcialidad pero modes-

to en las uniones consensuales (Filgueira y Peri, 2004). En Argentina, Colombia, Bolivia y Chile, el incremento de las uniones consensuales oscila entre un 20 y un 70%. Solamente en Ecuador, República Dominicana y Guatemala asistimos a un panorama relativamente estable en materia de uniones consensuales y/o de divorcialidad.

El incremento de la divorcialidad y de la unión consensual refleja, en términos generales, una menor adscripción y sujeción de los adultos al contrato matrimonial. Al flexibilizar dichas uniones y al legitimar socialmente la salida de estas uniones, hombres y muy especialmente mujeres dejan de atar su destino al de su compañero o compañera. En particular en el caso femenino, esto apoya y alimenta un proceso de emancipación más general de la mujer, donde el tránsito a la vida adulta ya no está pautado por una nupcialidad y una reproducción que la reduce al ámbito doméstico y la hace depender de un vínculo asimétrico que una sociedad patriarcal dictamina por tradición. La ideología y la práctica patriarcal que impregnaba el modelo *breadwinner* de familia implicaban claros riesgos para la mujer, al cercenar su autonomía, poder y capacidad de optar por alternativas dada su inserción débil en el mercado laboral, y al obligarla a cargar con la reproducción y los cuidados del hogar.

En tanto, la persistencia de matrimonios profundamente disfuncionales que se mantenían a pesar de una alta conflictividad y violencia –psicológica y muchas veces física– no sólo afectaba a la mujer sino también, en forma por demás marcada, a los niños. Pero aun teniendo clara esta advertencia, lo que no puede discutirse es que un adulto, o dos adultos con menores garantías legales, son parte de una nueva estructura de producción de riesgo, y de un nuevo tipo de riesgo, especialmente para la mujer y los niños. Toda forma de dominación produce riesgos y protecciones. Así lo hacía el modelo patriarcal de tipo *breadwinner*. Así también lo hace el modelo de mujer trabajadora en contratos matrimoniales con *salida legitimada*, en uniones libres o en jefatura monoparental. Tan ingenuo como pensar que el modelo anterior sólo protegía y el actual sólo desampara es creer que el modelo pasado solamente oprimía y este solamente libera. La pregunta pertinente, en lo que hace a nuestra tesis, remite a la cuestión de si el Estado ha sido capaz de responder a esta nueva forma del riesgo social, y de cuánto y cómo las otras esferas de producción de protecciones y riesgo (comunidad y mercado) agudizan o moderan los nuevos riesgos y alimentan o canibalizan las nuevas oportunidades. Para ello, en primer lugar, vale la pena detenerse en lo que implican estas nuevas características familiares en materia de protección y riesgos para sus integrantes.

Un efecto relativamente automático del incremento de los divorcios ha sido el concomitante aumento de los llamados hogares reconstituidos en que un miembro adulto con prole de uniones anteriores se

une a otro que, a su vez, podrá tener una prole anterior que trae consigo, o que quedó con el adulto con el cual se uniera con anterioridad. Otro efecto relativamente directo de estos cambios en la nupcialidad es el incremento de los hogares de jefatura monoparental, con claro predominio de la jefatura femenina monoparental. Por su parte, las uniones consensuales y las eventuales separaciones en este formato poseen el efecto, en casi todos los países de la región, de generar un conjunto de deberes más laxos, más difíciles de hacer respetar, o directamente inexistentes entre los miembros adultos que se separaron y, en algunos casos, entre el adulto que dejó físicamente el hogar y su descendencia. En suma, las nuevas familias presentan o bien más demandas sobre los adultos por ser hogares reconstituidos, o bien similares demandas sobre menos miembros adultos por ser hogares monoparentales, o bien vínculos con menores garantías legales de continuidad de apoyos y solidaridad familiar en caso de quebrarse el vínculo voluntario entre hombre y mujer. El problema con estas transformaciones es que, en la medida en que ni el mercado ni el Estado responden adecuadamente al riesgo, este se privatiza y, por tanto, su distribución se torna más estratificada y regresiva.

Resulta elocuente la proporción de hogares encabezados por mujeres que se encuentran en situación de pobreza, tanto como su evolución durante los años noventa e inicios del presente siglo. Dentro del total de hogares pobres, en 15 de los 18 países para los cuales se cuenta con información, crece la presencia de hogares encabezados por mujeres en las zonas urbanas. Dentro de esta categoría no se encuentran solamente los hogares monoparentales –están también hogares de “nido vacío”, con mujer supérstite– pero una importante proporción de los mismos sí lo es.

Ello no es sorprendente. Si los mercados laborales continúan discriminando a la mujer; si los Estados no reconocen los nuevos arreglos familiares ni establecen nuevos deberes, derechos y prestaciones para enfrentar la vulnerabilidad natural que se produce frente a la desaparición física de un perceptor o un trabajador potencial del núcleo familiar; y si al mismo tiempo crece la monoparentalidad, sería razonable esperar que crezca también su participación en la pobreza. Sobre todo si dicha monoparentalidad es esencialmente femenina, dado que las mujeres son tratadas por mercados, Estados y por el vínculo entre mercados y Estados –los beneficios que surgen de la inserción laboral formal– como si el viejo modelo familiar estuviera vigente y/o como si su capacidad de acceder a empleos de calidad fuera equiparable a la del hombre.

El segundo aspecto a considerar son los cambios en materia reproductiva de las mujeres. Una de las formas adaptativas a esta menor estabilidad familiar y a las mayores presiones para constituirse en principal

generador de ingreso familiar (*breadwinner*) o su equivalente se traduce en muchos casos en una disminución y postergación de la fecundidad. La evidencia sugiere que tal es el caso no sólo en los países desarrollados en plena segunda transición demográfica, sino también en buena parte de América Latina. La caída de la fecundidad es evidente en la región y la postergación en la tenencia del primer hijo, al menos promedialmente, también lo es. Sin embargo, el problema de la región, nuevamente anclado en las enormes disparidades sociales y económicas, es la brecha de fecundidad entre sectores sociales.

Tabla 14
América Latina y el Caribe. Tasas de fecundidad por quintiles de ingreso para países seleccionados, 2000

	Quintil 1	Quintil 2	Quintil 3	Quintil 4	Quintil 5
Brasil	3,5	2,6	2,4	1,9	1,7
Chile	2,3	2,0	2,1	2,0	2,0
Honduras	4,6	4,7	3,2	3,5	2,5
Panamá	4,4	3,1	2,6	2,3	1,8
Paraguay	6,2	3,7	4,4	3,5	2,7
Venezuela	4,1	3,4	2,6	2,5	2,1

Fuente: CEPAL (2005b).

Con la excepción de Chile, todos los países para los cuales se cuenta con información presentan una importante brecha de fecundidad, duplicando en algunos casos la tasa del quintil 1 a la del quintil 5. Los niveles de fecundidad urbanos son menores en relación al total de la población, pero sus brechas son similares, cuando no mayores (ver Tabla 15).

Tabla 15
América Latina y el Caribe. Tasas de fecundidad urbanas por quintiles de ingreso para países seleccionados, 2000

	Quintil 1	Quintil 2	Quintil 3	Quintil 4	Quintil 5
Brasil	3,3	2,5	1,9	1,9	1,6
Chile	2,2	2,1	2,1	2,0	2,0
Honduras	3,8	3,1	2,8	2,6	2,3
Panamá	2,9	2,6	2,2	2,0	1,8
Paraguay	4,5	3,7	3,5	2,7	2,5
Venezuela	3,7	2,8	2,5	2,5	2,0

Fuente: CEPAL (2005b).

La primera transición demográfica se caracteriza por una importante caída de la mortalidad infantil, acompañada más tarde por una caída en los niveles de fecundidad. Esta pauta parece manifestarse con particular énfasis en las zonas urbanas de América Latina, donde existe una importante convergencia en las tasas de mortalidad infantil, sin que la misma se vea acompañada, hasta la fecha, de una pauta similar en materia de fecundidad.

Para una mejor evaluación de la importancia y magnitud de las brechas de fecundidad en los países latinoamericanos para los cuales se cuenta con datos (nuevamente es sorprendente y positiva la pauta chilena en el nivel urbano), vale la pena comparar estas distancias con las que presentan los países europeos. Si bien los datos que se presentan en la Tabla 16 consideran estratos educativos y solamente tres, es clara la diferencia entre las brechas europeas y latinoamericanas.

Tabla 16
Europa (algunos países). Hijos de mujeres de 35 a 39 años de edad
según nivel educacional

Nivel educacional*	País								
	Austria 1996	Bélgica 1991-1992	Francia 1994	Alemania 1992	Italia 1995-1996	Holanda 1993	Noruega 1988-1989	Suecia 1992-1993	Suiza 1994-1995
0-2	1,7	1,5	2,5	1,6	1,9	1,9	2,3	2,4	1,8
3-4	1,8	1,9	1,9	1,6	1,4	1,9	2,0	2,0	1,7
5-6	1,6	1,8	1,6	1,7	1,3	1,5	1,9	1,9	1,1

Fuente: CEPAL (2005b).

* Corresponde a la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación (CINE). La categoría CINE 0 significa educación preescolar. La categoría CINE 1 comprende la educación primaria que, generalmente, comienza a la edad de 5, 6 o 7 años y se extiende por un período de cinco años aproximadamente. Las categorías CINE 2 y 3 corresponden a la primera y segunda etapas de la educación secundaria. La primera etapa se inicia a los 11 o 12 años y perdura alrededor de tres años. La segunda etapa empieza a los 14 o 15 años y tiene una duración similar. En ciertas ocasiones es necesario pasar por un período de capacitación en el empleo y de adquisición de experiencia, en algunos casos formalizado en el aprendizaje de un oficio. Este período puede complementar la capacitación formal o sustituirla parcialmente o completamente. La categoría CINE 4 abarca la educación post-secundaria, que generalmente se inicia a los 17 o 18 años, se extiende aproximadamente cuatro años y conduce a un título no equivalente al primer grado universitario. En las categorías CINE 5 y 6 también se encuentra la educación post-secundaria, que comienza a los 17 o 18 años y se prolonga por tres, cuatro o más años. Este tipo de educación conduce a un grado o posgrado universitario o equivalente.

Un primer dato de contraste es que, en los sectores menos educados de todos los países europeos, las tasas de fecundidad –en rigor, el número de hijos tenidos por mujeres de 35 a 39 años– se encuentran en el nivel de la tasa de reemplazo o por debajo de esta, con la excepción de Francia, Suecia y Noruega. Pero en los casos de Suecia y Noruega, las relativas altas tasas de fecundidad de los sectores bajos se combinan con similares altas tasas de fecundidad en los sectores altos. Otros casos son aún más homogéneos, como puede verse en la ausencia de distancias

de fecundidad (o aun en razones inversas a las esperables) en Austria, Bélgica y Alemania. Cabe destacar que las tasas de fecundidad de los sectores altos europeos no son muy diferentes a las tasas de fecundidad de los sectores altos urbanos del quintil 4 y 5 en América Latina. De hecho, Brasil, Panamá y Chile, y en menor medida Venezuela, presentan tasas en estos quintiles por debajo del nivel de reemplazo. El problema más evidente de América Latina en esta materia es la no convergencia de las tasas de fecundidad especialmente en el medio urbano²⁵. La Tabla 17 permite observar la evolución de las razones de fecundidad totales y urbanas entre el quintil 1 y el quintil 5 entre 1990 y 2000 para los países con que se cuenta con información.

Tabla 17
América Latina y el Caribe. Evolución de diferenciales de fecundidad totales y urbanas para países seleccionados, 1990 y 2000

	Razón de fecundidad Q1/Q5* (1990)	Razón de fecundidad Q1/Q5 (2000)	Razón de fecundidad urbana Q1/Q5 (1990)	Razón de fecundidad urbana Q1/Q5 (2000)
Brasil	2,10	2,07	1,70	2,03
Chile	1,10	1,11	1,08	1,07
Honduras	2,10	1,84	1,55	1,67
Panamá	2,60	2,38	1,50	1,64
Paraguay	2,00	2,28	1,89	1,78
Venezuela	1,70	1,95	1,65	1,81

Fuente: CEPAL (2005b).

* Ratio de quintil 1 sobre quintil 5.

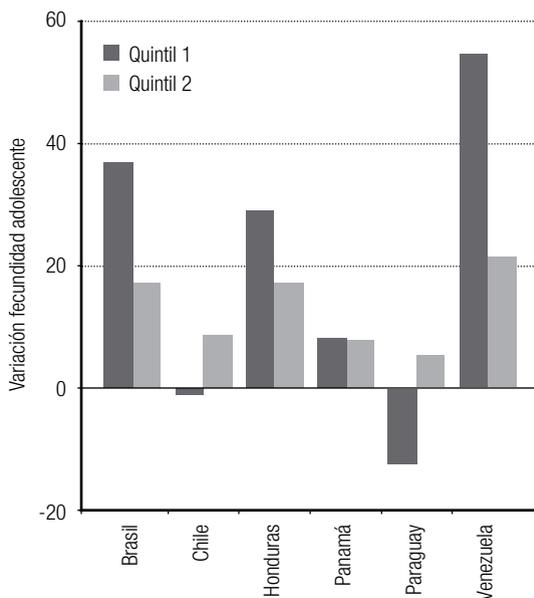
Finalmente, es importante evaluar no sólo las cantidades sino también las temporalidades, es decir, los calendarios de la fecundidad. Si bien la segunda transición demográfica comparte con la primera el rasgo común de la caída en la fecundidad, lo que diferencia en esta materia a la segunda de la primera transición no sólo es el nivel de la fecundidad sino muy especialmente su calendario. En la segunda transición demográfica se produce una postergación de la procreación del primer hijo en las mujeres. Esto es notoriamente constatable en el incremento de la importancia de la fecundidad entre los 30 y 39 años en la fecundidad total, y en la caída de la participación de la fecundidad entre 20 y 29 años (CELADE, 2001). Resulta preocupante, en este sentido, que la fecundidad adolescente no sólo aumente su participación en la fecundidad

²⁵ Resulta evidente que dicha no convergencia en los sectores urbanos responde en parte a que los procesos migratorios campo-ciudad importan a las urbes población de alta fecundidad.

global, sino que, en particular en el medio urbano, crezca en términos absolutos, especialmente en los sectores más pobres (ver Gráfico 21).

Gráfico 21

América Latina y el Caribe. Variación de la fecundidad adolescente en los quintiles de ingreso 1 y 2 para países seleccionados, 1990-2000



Fuente: Elaboración propia con base en datos de CEPAL (2005a; 2005b).

Esta evidencia sugiere que la fábrica de la fecundidad adolescente no es importada del medio rural a las urbes sino producida en las condiciones sociales de estas. El análisis de CEPAL del *Panorama social de América Latina* (2005b) en el capítulo sobre desigualdad –que ha servido de insumo fundamental para el tema que se viene desarrollando– parece confirmar esta hipótesis. Los *odds ratio* que surgen del análisis *logit* constatan un efecto positivo de la condición urbana, luego de controlar por variables socioeconómicas, respecto de la fecundidad adolescente.

La zona de residencia ofrece una sorpresa pues, al contrario de los análisis univariados, se advierte que la probabilidad de ser madre durante la adolescencia es mayor en la ciudad, luego de controlar los factores socioeconómicos y el cambio generacional (CEPAL, 2005b).

Los datos aquí presentados conjuntamente con la evidencia de algunos estudios nacionales de Filgueira et al. (2006a; 2006b) y los datos que

surgen de CEPAL (2005b) y CELADE (2001) sugieren una creciente tendencia a la polarización urbana de algunos elementos en las pautas de fecundidad (y, aunque con menor evidencia, esto también se constata a nivel de la nupcialidad pero en el sentido inverso: más monoparentalidad en los sectores populares que en los sectores medios y altos). Los datos presentados en la Tabla 18 sobre la evolución de las brechas de fecundidad adolescente en general, y en particular en materia urbana, ciertamente apoyan esta percepción.

Tabla 18

América Latina y el Caribe. Evolución de las brechas de fecundidad total y urbana en países seleccionados, 1990 y 2000

	Total 1990 Razon S/I*	Total 2000 Razon S/I*	Urbana 1990 Razon S/I*	Urbana 2000 Razon S/I*
Brasil	2,80	4,68	4,04	5,60
Chile	3,23	4,21	3,44	4,40
Honduras	2,00	3,13	2,34	3,83
Panamá	6,10	5,34	4,33	5,20
Paraguay	3,23	4,07	4,19	4,00
Venezuela	3,17	5,29	3,71	5,37

Fuente: CEPAL (2006).

*Razón superior sobre inferior.

Esto estaría indicando que la hipótesis de transformación demográfica a partir de la difusión de pautas culturales de arriba hacia abajo presenta en la región una serie de aspectos que la ponen en duda. En primer lugar, los altos niveles de desigualdad y las formas particulares de dicha desigualdad –con elementos de segregación urbana, étnica y regional– estarían operando contra una tendencia a la convergencia de las pautas de fecundidad adolescente y general. Sin embargo, la presencia de una alta proporción de hogares monoparentales y en unión libre, así como la menor estabilidad de los mismos, no estarían respondiendo a las pautas asumidas de difusión cultural. Las razones de los cambios en los arreglos familiares en América Latina sólo responderían a la pauta de secularización cultural en los sectores altos. En los sectores más pobres los cambios en los arreglos familiares combinarían este mecanismo superestructural general con limitaciones mucho más infraestructurales: condiciones socioeconómicas que inhiben o atentan contra la estabilidad de las uniones entre hombres y mujeres. Así, solamente en los sectores medios y altos se constataría la consistencia emancipatoria de la mujer: menos hijos, postergación de la fecundidad, ingreso pleno al mercado laboral, mayor divorcialidad, mayor monopa-

rentalidad y mayor porcentaje de uniones libres que en el pasado. En los sectores bajos, las asincronías en el proceso de transformación familiar presentarían una pauta inconsistente y notoriamente más vulnerable: resistencia a la caída de la fecundidad y a la postergación del embarazo, ingreso precario y a menores tasas en el mercado laboral, y mayor divorcialidad, monoparentalidad y porcentaje de uniones libres. Así, la combinación de una alta carga reproductiva con una menor presencia estable de dos adultos en el hogar estaría colocando a estos sectores, y especialmente a sus mujeres y niños, en una situación de alto riesgo social. Los efectos de estas transformaciones sobre la trampa intergeneracional de la pobreza y sobre la exclusión y cohesión social son de enorme magnitud.

A estos procesos se suma el ya mencionado ingreso de la mujer en el mercado laboral. Este ha sido marcado en América Latina durante los años noventa y hasta mediados de la presente década. Dicho ingreso ha sido más robusto y consistente, y además con acceso a mejores posiciones, en los sectores medios y altos que en los sectores de menores ingresos y capital humano. Por un lado, los procesos más generales de destrucción de puestos de trabajo no calificados y, por otra parte, la alta carga reproductiva persistente en estos sectores ayudan a explicar dichas diferencias. En el momento en que el modelo de proveedor doble constituye casi una exigencia para el acceso al bienestar, los sectores populares, especialmente los urbanos, son los que se encuentran con peores estructuras de oportunidades laborales y con inferiores condiciones familiares para enfrentar dicha exigencia. La evidencia presentada en la Tabla 19 indica que las tasas de participación femenina en los niveles más educados en algunos casos duplican las tasas de participación femenina de las mujeres de más baja educación y, en todos los casos, presentan diferencias notorias.

Tabla 19

América Latina y el Caribe. Tasas de participación de mujeres para países seleccionados y tramos educativos (años de educación formal) seleccionados, 1998 (en %)

	0 a 3 años	4 a 6 años	10 a 12 años	13 y más años	Total
Argentina*	23	30	44	68	43
Brasil	36	46	66	79	51
Chile	23	29	43	64	41
Colombia	37	46	58	77	52
Guatemala	38	41	57	77	43
México	33	39	43	63	43
Panamá	24	40	52	76	51

Tabla 19 [continuación]

	0 a 3 años	4 a 6 años	10 a 12 años	13 y más años	Total
Uruguay**	18	37	60	74	50
Venezuela	28	42	54	59	48

Fuente: CEPAL (2000).

* Gran Buenos Aires.

** Áreas urbanas.

El proceso de transformación familiar y de división sexual del trabajo que se esboza con los datos y argumentos antes mencionados indica que existe una proporción importante de mujeres y niños que enfrentan nuevos tipos de riesgos y vulnerabilidades; la separación de los adultos y el ingreso de la mujer al mercado laboral introducen tensiones a una forma primordial de protección en el pasado, que, a la vez que se montaba sobre una estructura de dominación patriarcal y sus correlatos familiares, estatales y de mercado de empleo, coadyuvaba a estructurarla y reproducirla. En estos procesos aparecen también, por lo tanto, nuevas oportunidades de autonomía para la mujer.

En cualquier caso, estos procesos tienden a sobrecargar a los adultos de responsabilidades que combinan el ámbito doméstico y el laboral, ya sea por menor cantidad de miembros (con monoparentalidad predominantemente femenina) o por la necesidad de enfrentar la llamada doble jornada, con enorme sobre-representación nuevamente de tiempo de trabajo remunerado y no remunerado sobre los hombros de la mujer. Una de las modalidades adaptativas ante esta nueva realidad es la disminución de la fecundidad y su postergación en el tiempo. Esto es cierto en particular para los dos quintiles superiores de ingreso. Otra modalidad, tanto alternativa como complementaria, es la de trasladar una serie de horas-persona (en general horas-mujer) que se destinaban a las economías del cuidado familiar hacia el Estado o hacia el mercado. En los sectores de menores ingresos no parecen producirse con claridad ninguna de estas dos alternativas, por lo cual los riesgos sociales crecen sin respuesta de mercado, de familia o de Estado. En las familias de menores ingresos las alternativas se reducen a una disminución de la fecundidad que es en general menor que la que se produce en los sectores medios y altos, la no incorporación al mercado laboral y/o el acceso a servicios de cuidado de baja calidad en el Estado y el mercado, o a las formas de apoyo intergeneracional en que abuelos y abuelas u otros miembros de la familia (hermanos mayores, etc.) apoyan la economía del cuidado familiar.

La importancia de la convergencia entre los niveles de fecundidad y la forma en que esta convergencia se relaciona con los niveles de desigualdad social son clave para entender el grado en el cual un país puede avanzar en la reducción de sus niveles de pobreza e indigencia y, muy

Recuadro 2**Desagregación de la estructura demográfica de la pobreza infantil**

Aquí se presenta un análisis que permite desagregar la contribución de diferentes factores a la pobreza infantil. A modo de ejemplo, se toma la pobreza de los niños entre 0 y 9 años en Chile y Uruguay, y se propone la siguiente fórmula para su desagregación.

Niños pobres/niños totales = (niños pobres/hogares pobres) x (hogares pobres/hogares totales) x (hogares totales/niños totales)

Chile y Uruguay. Estructura poblacional de la pobreza infantil (0 a 9 años)

	Chile		Gran Santiago	
	1990	1998	1990	1998
Niños pobres/niños totales	0,524	0,311	0,463	0,267
Niños pobres/hogares pobres	1,773	1,721	1,729	1,966
Hogares pobres/hogares totales	0,472	0,272	0,418	0,203
Hogares totales/niños totales	0,626	0,666	0,640	0,670
Verificación	0,524	0,311	0,463	0,267

	Uruguay urbano		Montevideo	
	1991	1999	1991	1999
Niños pobres/niños totales	0,424	0,422	0,427	0,447
Niños pobres/hogares pobres	1,870	2,004	1,796	1,867
Hogares pobres/hogares totales	0,363	0,338	0,373	0,374
Hogares totales/niños totales	0,624	0,624	0,638	0,640
Verificación	0,424	0,422	0,427	0,447

Fuente: Elaboración propia con base en datos de Encuesta CASEN en Chile y Encuesta Continua de Hogares en Uruguay.

Asumiendo que los niños por hogar representan hijos, el cuadro permite aislar dos efectos sobre la pobreza infantil: el efecto “cambios en la fecundidad diferencial de los pobres” del efecto “cambios en la proporción de madres pobres”. Si bien constituye sólo una primera aproximación, los resultados del ejercicio son sugerentes. Como puede observarse, el estancamiento de la pobreza infantil en Uruguay no puede atribuirse a un estancamiento similar en la proporción de hogares pobres, dado que estos disminuyen en el Uruguay urbano en 3 puntos porcentuales en tanto la pobreza infantil lo hace en menos de un punto porcentual (0,02%). La explicación reside en que el número de niños pobres por hogar pasa de 1,87 a 2 en tanto la relación entre niños totales y hogares totales no varía (lo cual quiere decir, de hecho, que aumenta la relación de niños pobres a niños totales).

Por su parte, el importante descenso de la pobreza infantil en Chile responde tanto a la disminución de hogares pobres, como a una leve disminución de los niños pobres por hogar. Sin embargo, también cabe anotar que en Chile se sigue produciendo un descenso de la fecundidad general (niños totales sobre hogares totales o el inverso del coeficiente HT/NT, hogares totales sobre niños totales calculado en los cuadros) por lo cual si esta disminución es más marcada en los sectores no pobres que en los pobres ello redundaría en un efecto de aumento en la pobreza infantil. El caso del Gran Santiago muestra el riesgo adicional de comportarse como Uruguay, aumentando la relación de niños pobres a hogares pobres, con el agravante de disminuir la relación entre niños totales por hogar en forma bastante marcada.

especialmente, para entender por qué algunos países presentan mejores resultados que otros en lo que respecta a frenar la reproducción intergeneracional de la pobreza. El siguiente ejercicio permite documentar cabalmente el impacto de las diferenciales de fecundidad entre estratos sociales en los niveles de pobreza y en su reproducción intergeneracional.

DESBALANCE GENERACIONAL Y POBREZA INFANTIL

Los niveles de bienestar a que acceden la mayoría de los niños están asociados casi completamente a sus familias de origen. Sin embargo, ello no se traduce en una proporción de niños pobres similar a la de los adultos del mismo perfil socioeconómico. Ello es así, en primer lugar, porque los niños están sobre-representados en las familias pobres. Como se vio, las pautas de fecundidad de los sectores de más bajos ingresos y de menor educación explican, en buena medida, dicha sobre-representación. Ello se combina con las muy bajas tasas de fecundidad que hoy predominan en los sectores medios, especialmente en los países más avanzados de América Latina.

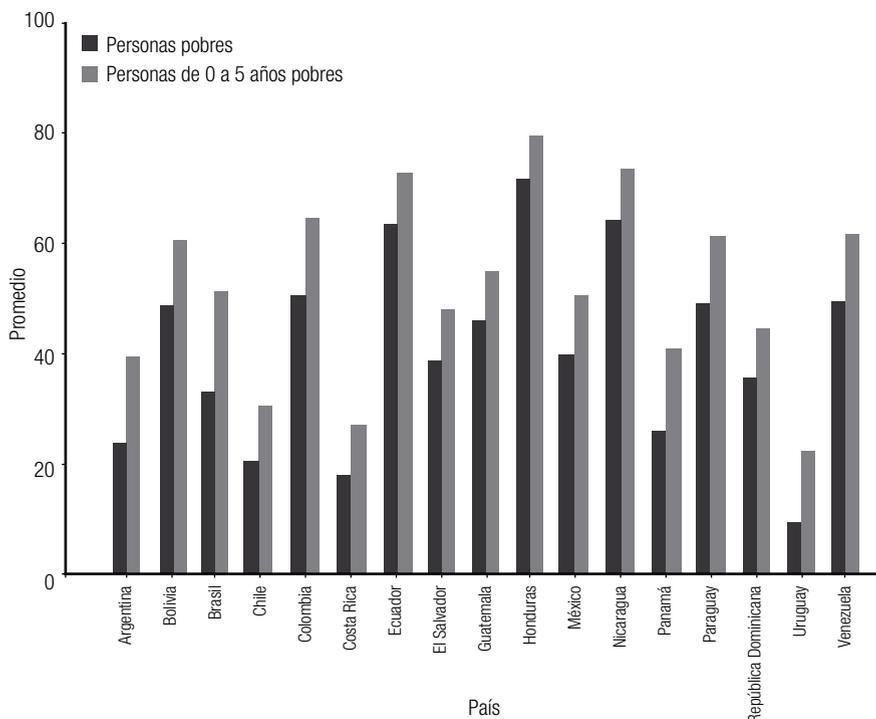
Como puede observarse en el Gráfico 12, la relación entre pobreza en la población general y pobreza en la población infantil siempre indica una mucho mayor incidencia de la misma en la infancia. También puede observarse que esta relación es más marcada –esto es, la infancia se encuentra más sobre-representada– cuanto menores son los niveles generales de pobreza²⁶.

De la lectura del Gráfico 22 se desprende que todos los países sin excepción presentan, como es esperable, mayores niveles de pobreza infantil que de pobreza general. Honduras, que presenta un menor desbalance generacional (en parte por su extremadamente extendida pobreza general), igual muestra sobre-representación de la pobreza infantil de

²⁶ Este fenómeno responde en parte a una mera limitación matemática. Así, aunque la pobreza infantil sea mucho mayor, en un país donde los niveles generales de pobreza superan el 50%, la razón entre la pobreza infantil y la general nunca superará al 100%.

Gráfico 22

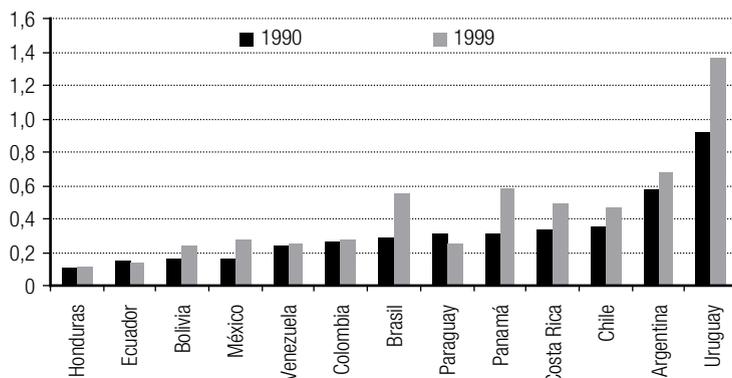
Porcentaje de pobreza (total país) y en menores de 5 años (zona urbana) por país, 1998-1999



Fuente: CEPAL (2000).

Gráfico 23

Ratio de pobreza infantil respecto a pobreza total por país, 1990 y 1999



Fuente: CEPAL (2000).

casi un 10%. Uruguay, en el otro extremo, presenta una pobreza infantil que es un 140% mayor que su pobreza general.

Recuadro 3

Pobreza, ciclo vital y estructura de oportunidades: un ejercicio de falsa cohorte

En algunos países de la región, el castigo que reciben las jóvenes madres y los jóvenes padres desde el mercado y el Estado se manifiesta en un fuerte diferencial de pobreza por etapa del ciclo vital. Otros países, en cambio, muestran tasas menores de reducción relativa de la pobreza a medida que las personas avanzan en el ciclo vital. El siguiente ejercicio, que compara Chile y Uruguay con un análisis de falsa cohorte, permite evaluar la utilidad del enfoque.

Chile y Uruguay. Pobreza según tramos de edad, 1990 y 1998 (en %)

Edad	Uruguay		Chile	
	1990	1998	1990	1998
0 a 5	47,5	44,0	52,5	31,2
8 a 13	43,4	37,5	52,4	31,4
12 a 17	40,3	35,1	47,0	28,2
20 a 25	25,2	21,4	34,2	17,8
General	28,3	23,1	38,6	21,7

Fuente: Elaboración propia con base en Encuesta CASEN en Chile y Encuesta Continua de Hogares en Uruguay.

Como puede observarse, la caída general de la pobreza en Uruguay fue del 5,2%, en tanto la caída específica de los tramos etarios entre 20 y 25 años fue del 3,8%. Por su parte, la caída de la cohorte que en 1990 contaba entre 12 a 17 años y, por lo tanto, de 20 a 25 años en 1998 fue de casi el 19%. Esto implica una caída de catorce puntos porcentuales por encima de la caída general, y 16% mayor que la caída específica del tramo etario. En otras palabras, en la medida en que los adolescentes avanzan en su ciclo vital o sus familias lo hacen, muchos de ellos salen de la situación de pobreza, más allá de las mejoras específicas o generales de la pobreza en la población. Ello señala un fuerte efecto del ciclo vital, o de la interacción entre estructura de oportunidades y ciclo vital, sobre la situación de pobreza. Pero además demuestra que la exposición a dichas situaciones en la niñez y adolescencia no determina indefectiblemente la pobreza en el futuro. Aunque en mucho menor medida que en Uruguay, la movilidad por ciclo vital también se constata en el caso chileno aunque en forma marginal. Tomando a la misma cohorte de referencia, la caída entre los porcentajes de adolescentes pobres de 12 a 17 años en 1990 y los jóvenes de 20 a 25 en 1998 fue de casi el 20%. Ahora bien, el descenso de la pobreza general fue del 17%, cifra casi idéntica a la caída de la pobreza para el tramo 20 a 25 años entre 1990 y 1998. Ello implica que el efecto movilidad por ciclo vital (o, pensado a la inversa, el castigo por etapa temprana del ciclo vital) fue menor al caso uruguayo (de aproximadamente un 3% en Chile contra un 14% o 16% en Uruguay dependiendo de si se toma como parámetro la

variación específica o general de la pobreza). Este menor efecto de la movilidad por ciclo vital responde en parte a que el descenso de la pobreza general y específica fue tan alto en Chile (17% contra 4 a 5% en Uruguay) que posiblemente permitió la movilidad de una proporción tal de familias y adolescentes que solamente no afectó a las más pobres, con menos activos, y, por ende, con menor potencial de movilidad por ciclo vital.

La sobre-representación infantil responde a las diferenciales de fecundidad según estratos sociales ya señalados. En los países donde ha avanzado más la primera transición demográfica son mayores las diferenciales entre estratos pobres y el resto. A ello debe sumarse el efecto del propio ciclo vital sobre el bienestar de las personas. Por un lado, las familias con jefes jóvenes se encuentran en etapas tempranas de acumulación de capital. Por otro lado, el cuidado de los hijos en estas familias frecuentemente representa una barrera a la movilización plena de la fuerza de trabajo familiar, especialmente en lo que hace a la participación de la mujer en el mercado laboral.

Pero la infantilización de la pobreza no sólo es función de las referidas tasas diferenciales de fecundidad y de la naturaleza del ciclo vital. También es función de la sobre-representación en materia de déficit social de los hogares de familias jóvenes con hijos. Una de las claves se encuentra en la forma en que el Estado y el mercado distribuyen bienes y recursos entre las diferentes generaciones. La evidencia presentada indica que tanto el gasto social como los niveles de desempleo producen *gaps* generacionales que se suman a las diferenciales de activos que “naturalmente” se asocian a las etapas del ciclo vital de las familias²⁷, generando de este modo un sesgo sistemático que premia a las generaciones maduras y la tercera edad.

En resumen, la estructura de oportunidades de los países castiga en forma diferente a las parejas jóvenes con hijos (ver Recuadro 3). Como puede observarse en los puntos relativos al gasto social y al desempleo, buena parte de los países presentan brechas marcadas en los niveles de desempleo entre personas jóvenes y adultos mayores, así como una desproporcionada orientación del gasto público social hacia la tercera edad en perjuicio de los gastos en educación y salud cuya función es la de favorecer a la infancia, la adolescencia y las madres.

EL PROBLEMA URBANO: PRESENTE Y FUTURO DE LA COHESIÓN SOCIAL LATINOAMERICANA

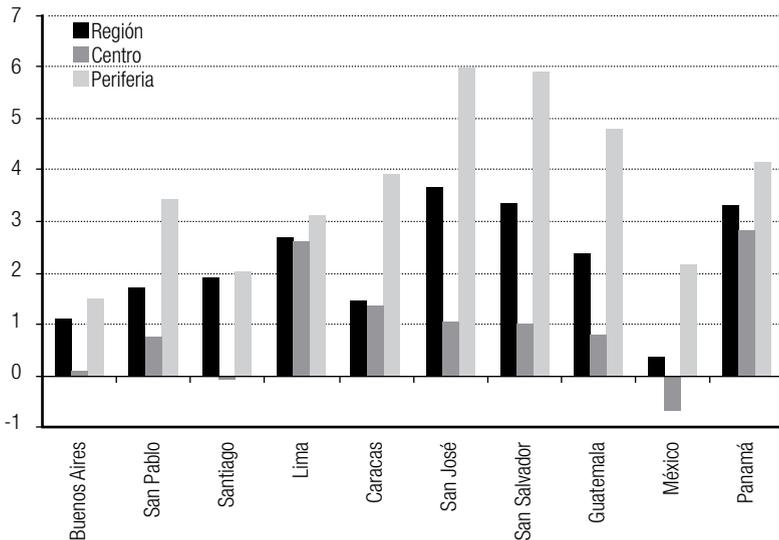
Una de las características que diferencia a América Latina de sus pares respecto al desarrollo humano es una comparativamente alta tasa de

27 A modo de ejemplo, capacidad de movilización de activos, ahorro, etcétera.

urbanización. Una estructura de tenencia de la tierra de latifundio, hacienda o minifundios de muy baja productividad favoreció, durante el siglo XX, un proceso continuo de expulsión de la población de las áreas rurales. El período del modelo sustitutivo de importaciones movilizó en buena parte de los países una importante masa migratoria desde el campo a la ciudad. La “insuficiencia dinámica” se manifestó en un proceso en que un conjunto de migrantes fueron relegados a los cinturones de miseria de la ciudad, a la espera de su *lugar* en la utopía ciudadana y desarrollista. Otro contingente de población se incorporó efectivamente a los mercados urbanos modernos y a la ciudadanía urbana. Pero el legado de este período de incorporación, marcado por diversas crisis políticas, sociales y económicas de inclusión, es el de ciudades segregadas y con bajos niveles de integración social. A este legado se suma en el presente una segunda transformación urbana impulsada ya no sólo por procesos de migración campo-ciudad sino por procesos de migración intraurbana, del centro a la periferia.

Gráfico 24

América Latina. Crecimiento intercensal para grandes ciudades en centro y periferia



Fuente: CELADE (2001).

Los datos sobre estos procesos durante las décadas del ochenta y noventa no dejan lugar a dudas. Los cascos urbanos de las ciudades han dejado de crecer y en su lugar se incrementa notoriamente el peso de la población asentada en la periferia. Este exilio a la periferia es, por

un lado, deseado y, por otro, inesperado y no deliberado. Es fuertemente deseado por los sectores medios-altos y altos que se refugian crecientemente en formas semi-privadas o enteramente retraídas de residencia. También es deseado en parte por los sectores populares que ocupan tierras fiscales y se transforman en ocupantes de hecho para luego luchar por un reconocimiento legal en sistemas de mercado informal de tierras periféricas. Y, por otro lado, la fuga a la periferia no forma parte de un plan de vida para otra parte de los sectores populares urbanos que, por imposibilidad de afrontar alquileres, carecer de garantías para acceder a los mismos o verse imposibilitados de mantener el pago de cuotas de propiedades en zonas del casco urbano, deben emigrar a esta periferia a la búsqueda de terrenos disponibles para erigir viviendas precarias.

Además de este proceso que se evidencia en los asentamientos irregulares y en los barrios privados, en el interior del casco urbano se produce un proceso menos visible pero igualmente pernicioso para la cohesión social. Crecientemente, los sectores de mayores ingresos y las clases medias procuran residir en barrios homogéneos, vaciando a los históricos barrios populares heterogéneos –que caracterizaron al menos a una parte de los grandes centros urbanos de América Latina– de sus clases medias, sus profesionales, sus trabajadores de cuello blanco y toda categoría de población que pueda y logre refugiarse en áreas residenciales de sus iguales. Así, una fuente fundamental de capital social sufre una especie de reestratificación regresiva. Asimismo, un sistema educativo que especialmente en el nivel pre-primario y primario recluta en forma territorial se torna más segmentado, inhibiendo las primeras experiencias de ciudadanía que un aula heterogénea podía proporcionar²⁸.

Así, las ciudades, soñadas como la culminación de los procesos de modernización y construcción ciudadana, parecen expresar su némesis en tanto espacios colectivos segmentados y segregados, donde la cercanía física alimenta, antes que procesos de integración, progresivos procesos de aislamiento social urbano en que los sectores pobres se encuentran cada vez más solos, más temidos y menos integrados.

Esta segregación residencial posee no sólo efectos evidentes sobre la experiencia ciudadana cotidiana, sino también efectos regresivos en la distribución de capital social. Pero además de estos dos procesos (la segregación residencial y la segmentación en el acceso a diversos bienes públicos) se registran, a su vez, dos efectos adicionales: la constitución de

28 Es cierto que en muchos de estos países tal posibilidad ya se encontraba muy disminuida por las opciones de escuelas privadas que las clases medias y altas tenían, pero aun en los países donde esto sucedía existía un porcentaje importante de clases medias que asistía y aún hoy asiste a la enseñanza pública.

subculturas marginales y la concentración de “males” en una población determinada. Por ejemplo, no es lo mismo que una ciudad presente una tasa de desempleo del 12% concentrada en dos o tres barrios específicos donde dicha tasa supera el 50%, o que presente la misma tasa distribuida en forma más o menos homogénea entre barrios.

Cuando esta concentración de males adquiere connotaciones de constante o de pauta dominante, la percepción de dichos colectivos acerca del cierre de los canales de movilidad social ascendente y de la desprotección social se torna también dominante. Las modalidades adaptativas frente a estas constataciones son de diverso tipo, pero entre las más esperables se encuentran o bien la negación de los fines legitimados socialmente (con su consecuente retracción de la vida activa y creativa) o bien la negación de los medios institucionalizados para acceder a dichos fines legítimos.

A diferencia de los contextos de exclusión del pasado, marcados en mayor medida por la línea urbano-rural, la segregación urbana constituye una separación en la cercanía. Dicha separación está dada por los procesos de segregación residencial mencionados. La cercanía deriva de la simple y clara cercanía física y de otra menos material pero igualmente relevante. La población segregada en las urbes accede en forma simbólica a las pautas de consumo y bienestar de la población no segregada. A lo que no accede es a los activos y condiciones materiales que le permitan dicho confort y bienes de consumo. Tal vez nunca como ahora ha resultado evidente la disonancia cognitiva que genera un “efecto demostración” sin posibilidades reales de satisfacción. Por otra parte, la población que sufre esta disonancia cognitiva proviene en porcentajes importantes de dos o tres generaciones de ciudadanos (en el sentido de afincados en la ciudad), con lo cual la inconsistencia entre expectativas y posibilidades viene acompañada de una legitimación de dichas expectativas que buena parte de la temprana ola migratoria campo-ciudad no traía consigo.